

EL SENTIDO DE SER "FILIPINO"

José S. Arcilla, S. J.

Universidad del Ateneo de Manila. Quezon City, Filipinas

Vencidos en desigual combate en la primavera de 1565, los pobladores de Cebú, isla en el centro del archipiélago, bautizado recientemente las "Islas Filipinas," se sometieron forzosamente y, mal de su gusto, al dominio de la corona española. Arrodillados y besando la mano del Adelantado Legazpi, juraron fidelidad y servicio como fieles vasallos del Rey, quien por su parte les prometió amor, paz y tranquilidad, protección de sus vidas y bienes, y defensa contra sus enemigos. Como prueba de sumisión, acordaron pagar un tributo anual de sus productos, además de servir en las obras públicas o el *polo*. Con el tiempo la real protección fue incorporada en la famosa *Recopilación de leyes de los reinos de Indias*.

Pero Filipinas ni era un "potosí" ni formaba parte de las fabulosas especierías orientales, y los colonizadores hablaron de abandonar la nueva colonia por resultarles un derrame sin provecho, hasta que el Rey Felipe II puso fin a estas especulaciones, respondiendo que, gustosamente apostaría "toda la renta de América y si esta no basta, aun toda la riqueza de España peninsular," con tal que una capilla o iglesia se pudiese erigir donde bautizar a un indio.¹ A pesar de esto, pocos, fuera de los misioneros que descargaban la real conciencia, se trasladaron a la más lejana colonia española.²

Para facilitar la cristianización de los amados vasallos, la ley ordenó la reducción en pueblos de los indígenas y acostumbrarlos a la vida política y civilizada. No fue fácil convencerles a abandonar sus tierras ancestrales donde habían nacido y estaban enterrados los restos de sus antepasados; pero, atraídos por la nueva tecnología de la agricultura que, con el arado, instrumento desconocido antes de la conquista, les proporcionaba una segura y regular cosecha cada año, poco a poco se iban formando comunidades permanentes que con el tiempo se transformaron, primero, en estaciones de Misión y, en segundo lugar, en municipios civiles y ciudades.

El efecto natural de este movimiento socio-económico fue el aumento de la población para quienes la búsqueda de alimentación ya no fue la preocupación principal. Otras necesidades preocupaban más, y necesariamente, viviendo juntos en recintos limitados, tuvieron que transigir unos con otros, participando de iguales deberes y derechos para el bien de todos. Así, se les fue insinuando la necesidad de una ley u orden de convivencia social, basada en el principio de autoridad y un intercambio de servicios, en una palabra, en una sociedad de justicia e igualdad. De esta manera, después de los años, a mediados del siglo XIX, los vasallos se transformaron en ciudadanos.

Sin embargo era tan *sui generis* la situación de Filipinas, aislada por dos inmensos mares, situada en un clima tropical, con sus propias tradiciones y modo de vivir que pronto acabó con las fuerzas del europeo no acostumbrado. Esto explica el que, aun inaugurado el extremadamente rentable comercio de sedas de China, comercio reservado a los españoles como atractivo para la colonización de las islas, fueron muy contados los que se trasladaron a la colonia, y aun estos po-

¹ Juan Solórzano de Pereira, (1972), *Liber primus*, capite XVI, P. 106.

² Sabido es que este cargo de conciencia viene del famoso Patronato real otorgado a la corona española.

cos no se establecieron en las provincias para explotar los recursos naturales del país, sino en la capital y puerto principal para dedicarse al comercio anual. De aquí resultó que la única cara blanca familiar a los indígenas en todo el país era la del misionero español. Y con razón se puede decir que la integración de más de 7.000 islas en una entidad nacional se debe a la labor ingenua misionera y que el alma filipina sea cristiana y culturalmente española.

Durante la conquista, fue lógico servirse de los *datus* o líderes natos del pueblo indígena, transformados en "cabezas de barangay" o de barrio, mientras que sus antiguos *sacopes* o secuares se hacían vasallos del Rey, emancipados del dominio de los *datus*. Pero, mientras que a los nuevos "cabezas" la real corona les concedió, como compensación de su nuevo cargo político, terrenos con título de posesión; la mayoría del pueblo, a pesar de haberse liberado del poder de los *datus*, al hacerse vasallos reales, no recibieron ni un pedazo de tierra que pudiesen poseer con título exclusivo. En un golpe fatal, la sociedad indígena fue dividida en dos grupos: la pequeña minoría de terratenientes, y la gran mayoría de pobres sin bienes propios.

Esta división socio-económica de la población filipina perduró durante toda la época colonial, y sigue siendo la característica de la sociedad contemporánea de Filipinas. En todo ese tiempo, la gente humilde y sencilla, los conocidos por el nombre de *indios*, ni participaban en el comercio anual del galeón de Manila, ni se beneficiaban de las ventajas de la civilización aglomerada en Manila. Los colegios y otras instituciones de enseñanza, los libros y la prensa, la lengua y cultura castellanas estaban al alcance sólo de los habitantes de Manila, y en menor grado, de los de las tres ciudades de Cebú, Nueva Cáceres, y Villa Fernandina o Vigan.

Por el contrario, mientras que los vecinos hispanizados permanecían en las ciudades, los *indios* en casi su totalidad vivían en las zonas rurales y estaban con frecuencia agobiados por deudas a causa, por ejemplo, de las malas cosechas. No se dedicaban al comercio al por mayor, pero sí, al por menor, o *tianggi*, que proporcionando artículos de primera necesidad, cambiando entre sí arroz, sal, legumbres, miel, cera, madera, tejidos, etc. Los hombres tripulaban sus pequeñas embarcaciones donde cargaban sus productos, lo que manifiesta —según una Memoria— "muy bien la inclinación a esta manera de vivir" de los *indios*.³ En este orden de cosas, fue el misionero o párroco español quien se encargaba del régimen político, papel que *de facto* si no *de iure* le había sido asignado por falta de ministros de la corona.

En 1856, Nicholas Loney, el primer consul inglés, llegó a Iloilo, llevando consigo un cargamento de tejidos de algodón. A fin de que sus barcos no volvieran sin cargamento, compró azúcar y melaza, llenados los barcos, volvieron a Inglaterra. Sin intentarlo quizá, las actividades mercantiles del cónsul puso fin a la industria textil indígena de Iloilo, al mismo tiempo que favorecía la del azúcar.

Afortunadamente, el puerto de Iloilo gozaba de tres elementos para empresas comerciales: personal experimentado en negocios, fondos, y mano de obra. A su debido tiempo, se estableció la necesaria infraestructura de muelles, almacenes, oficinas, bancos, residencias para los comerciantes y obreros, etc. y así se promovió el incipiente comercio internacional, que tenía su base en Iloilo. Y pronto se transformó el puerto para servir solamente de mero eslabón o puente entre los cultivadores del azúcar y sus importadores extranjeros, en vez de ser, como antes, el centro de producción de textiles y de arroz.

Es de interés hacer notar que, esta actividad y movimiento económicos beneficiaba, no a los *indios*, sino a los mestizos experimentados en materia económica; los mismos que antes de la llegada de Loney, se dedicaban a la industria textil y la exportación de arroz. Y poco a poco, acu-

³ Archivo Histórico Militar (Madrid), Mariano Goicoechea, *Memoria sobre la situación del país, 1840*. Armario 4, estante 1, carpeta 8 (sign. ant.).

mulando riqueza, iban formando la nueva clase acomodada distinta de la criolla y de la china residentes hace tiempo en las islas. Privilegiados y ricos, sus hijos pudieron terminar sus carreras en los Centros de estudios superiores en Manila o en el extranjero, volviendo después a integrar el grupo de los llamados "Ilustrados."

Anteriormente, la élite local estaba formada por la principalía indígena, o sea los "Cabezas de barangay." Estos eran los descendientes de la antigua nobleza prehispánica que ahora formaban la *administración colonial* y, como hemos dicho, los primeros terratenientes del país, en un rango superior al del indio sencillo y analfabeto. Pero, con el desarrollo económico de mediados del siglo XIX, estas distinciones fueron desapareciendo. Con las reformas en la administración de justicia, los "Cabezas" sirvieron solamente para la recaudación de tributos y el reclutamiento de polistas, tareas odiosas por las que, desprestigiados, perdieron el antiguo respeto de toda su comunidad, y en especial de los mestizos, los *nouveaux riches*, a quienes cobraban tributo.

Por otra parte, esta nueva clase de ricos, altamente cultos e hispanizados, gozando de una formación intelectual amplia, hablando y escribiendo con maestría la lengua de Cervantes, visitándose a la castellana, y, conscientes de su posición social, reclamaban para sí la debida estima correspondiente a sus méritos.

Sin embargo, fueron desilusionados. Los peninsulares los veían con ojos menos benévolos, no los trataban con justicia ni honradez, relegándolos a un rango inferior, solamente por haber nacido en la colonia y no en la metrópoli. Eran meros "hijos del país," seres inferiores por su nacimiento.

Mientras tanto, en 1886, poco después de posesionarse de su cargo, el nuevo Ministro de Ultramar, Victor Balaguer, anunció una Exposición de Filipinas para dar publicidad a las riquezas de la colonia y fomentar su desarrollo económico. Entre los objetos a exponer se iban a presentar varias muestras de minerales, animales, productos de la industria y agricultura de la colonia, incluyendo varios artesanos para mostrar su habilidad y la tecnología indígena. Los mestizos de la pequeña colonia filipina en Madrid protestaron contra la idea de trasportar desde el archipiélago artesanos del país llevando sus trajes tradicionales como si fueran objetos inánimes para satisfacer la curiosidad pública, y al mismo tiempo para servir de muestra de los progresos de una sociedad subdesarrollada bajo el auspicio de España. Esta controversia llegó a su cenit cuando una mora de Joló murió de pulmonía, incidente que provocó una fuerte protesta contra el insulto a la dignidad humana, no solamente por parte de los mestizos, sino también de la prensa liberal de Madrid.

De mucha más trascendencia que esta indignación fue la reacción que se podría calificar de nacionalismo ultrajado. Previamente, en Filipinas, los cristianos miraban a los infieles aetas, igorotes, negritos, moros, etc. como unas razas apartadas y no totalmente integradas en la sociedad colonial, y en España seguían nombrándoles, como antes, según su región en Filipinas, esto es, tagalos, pampangos, ilocanos, bicolanos, visayos, etc. Pero ahora, sentían una solidaridad y unión entre sí, y veían a los aetas, igorotes, negritos, moros, etc. como hermanos y paisanos, conscientes, ya, de que eran todos del mismo país, de que eran todos "filipinos."

La algarada de Cavite de 1872 no sólo ocasionó la inmigración de filipinos a España, sino también fue una experiencia traumática para el futuro propagandista y héroe nacional, el niño José Rizal. Orientando su vida a la dedicación de su obra que finalizó en el acto supremo de su vida, muriendo en aras de su patria a fines de 1896. "Sin 1872 -escribió- no habría ahora ni Pláridel, ni Jaena, ni Sancianco, ni existirían las valientes y generosas colonias filipinas en Europa; sin 1872, Rizal sería ahora jesuita y en vez de escribir *Noli me tangere*, habría escrito lo contrario. A la vista de aquellas injusticias y crueldades, niño aún se despertó mi imaginación y juré

dedicarme a vengar un día tantas víctimas, y con esta idea he ido estudiando y esto se puede leer en todos mis trabajos y escritos. Dios me dará la ocasión de llevar a cabo mi promesa.”⁴ En otras palabras, Rizal y sus compañeros se dedicaban a obtener una sola cosa, la reforma, la promoción de la justicia y honradez en la administración colonial de Filipinas.

Poco antes, Marcelo del Pilar, recién llegado de Filipinas, había compartido sus ideas con el etnólogo austriaco, Ferdinand Blumentritt, asegurándole que las aspiraciones de los propagandistas filipinos y otros trabajando en España se “reducen -dijo- a bien poco: a identificar nuestros intereses con los de la Península, pensar y sentir con ella, respetar lo que ella respeta, rechazar lo que ella rechaza; en una palabra, fundir nuestros deberes y nuestros derechos con los derechos y deberes de la Metrópoli.”⁵ Es decir, pensando y anhelando las mismas cosas, los habitantes de Filipinas se consideraban tan ciudadanos españoles como los peninsulares.

Por supuesto, estas reclamaciones no se habían sugerido a los indios, ni partido de ellos, quedando esta gente sencilla siempre bajo la tutela de los misioneros, quienes los adoctrinaban, en algunos casos exageradamente, de que su bienestar temporal y espiritual consistía en amar a los españoles. Nunca hubiesen pensado, dado su analfabetismo, otras posibilidades. Ya se ha dicho que apenas si esta gran mayoría participaba en los progresos económicos que ocasionaron la formación de la clase de Ilustrados.

En breves palabras, la gran mayoría de la población filipina había permanecido en un estado diríase feudal, mientras que la clase ilustrada, consciente de sus derechos, no cejaba en reclamar el establecimiento de un nuevo régimen de justicia. Pues, como se ha dicho, al desarrollarse la colonia, aumentaba la población, y se transformaban las “reducciones” en “municipios” y “ciudades.” Necesitaba otra organización política, otro sistema de gobierno. La antigua exclusiva real de legislar ya no servía para manifestar el “amor paternal” del monarca, pues los antiguos vasallos y ahora ciudadanos se creían capaces de gobernarse a sí mismo, lo que Rizal y sus coetáneos luchaban por obtener.

Pero, España se hizo la sorda. Basándose en parte en un racismo inaceptable, y en parte en el tradicional principio de autoridad, el gobierno de Madrid no quiso, ni supo delegar sus derechos a los “hijos del país,” falta que, más que el odio de razas, exacerbó las relaciones entre los dos pueblos - aunque las pasiones las envenenaron- y sirvió de mecha a la Revolución de 1896. El héroe nacional siempre había soñado en preservar la unión secular entre los dos países, pero con la condición de tratarse mutuamente con igualdad y justicia. A su amigo Blumentritt, escribió esta frase muy significativa: “...aber wir begehren die Spanische *pitie* nicht, wir wollen nicht *compasión*, wohl aber *Gerechtigkeit*.”⁶

Se ha notado que los matrimonios entre españoles e indios fueron mucho más numerosos que en otras colonias, efectuando así una fusión de sangre y linaje entre dominadores y dominados. Esta fusión biológica hizo posible la de cultura, anulando así con el paso de los años, cualquier rasgo de racismo o complejo de inferioridad que pudiera haber existido entre iberos, malayos y asiáticos. Estos últimos, bautizados y tributantes, fueron llamados también “filipinos,” es decir, seguidores del Rey Felipe II. Por accidentes de la historia, estos chinos (léase filipinos) cristianos fueron los que predominaron sobre el comercio insular. Y la mezcla entre ellos y los nativos produjo los mestizos, mientras que la mezcla entre estos con criollos filipinos produjo los mestizos “terciados,” tales como las grandes figuras de la historia filipina, Rizal, el sacerdote José Burgos, etc. Y donde la sangre española se mezclaba, allí se aplicaba el nombre “filipino.”

⁴ Rizal a Mariano Ponce, París, 18 de abril de 1889. Rizal (1931), vol. 2, p. 166.

⁵ Del Pilar a Blumentritt, Barcelona, 10 de marzo de 1889. Del Pilar (1955), vol. 1, p. 54.

⁶ Rizal a Blumentritt, París, 22 de diciembre de 1889. Rizal (1931), vol. 2, p. 514.

Al surgir la primera generación de mestizos de español o de criollos, mestizaje ya con indígenas, ya con chinos cristianos, no eran solamente los puros criollos los que se llamaron filipinos. También el mestizo "terciado" se llamó filipino, y con más derecho porque venía ya de la península como de las islas llamadas Filipinas. El simbolizó en carne y espíritu la fusión de lo español con lo malayo y asiático, que en resumidas cuentas es lo auténticamente filipino. No se le pudo llamar español de pura cepa, porque su ascendencia ibérica era intervenida por lo malayo y lo asiático. Pero ante cualquier criollo, chino cristiano, chino puro, o indio, el mestizo "terciado" tenía más derecho al nombre de filipino por sus condiciones de raza y cultura mixta, porque lo filipino es precisamente lo mixto, lo mestizo, lo cristiano-hispánico. Y fue precisamente esta mezcla, este mestizaje, dígase accidente de nacimiento, lo que produjo la rivalidad que puso fin a la presencia española en el oriente.

Nótese sin embargo que esta nomenclatura servía solamente como un rótulo para el uso del extranjero, prueba de lo cual es el hecho de que en sus instrucciones y cartas -si son auténticas⁷- Andrés Bonifacio, fundador y jefe supremo de una sociedad secreta, la *Kataastasan Kagalung-galang Katipunan nang manga Anak nang Bayan*, se dirigía, no a los "indios," ni a los "filipinos," sino a los "tagalos." Y la historiografía filipina insiste en que la revuelta de 1896 inicialmente acaudillada por Bonifacio, fue un movimiento de la "masa" filipina, sin que los Ilustrados y ricos tomaran parte, hasta que, seguros ya de la victoria, probaron su fortuna con los insurrectos⁸. Es muy significativo que en 1884, una previa insurrección en el norte de Luzón fracasó miserablemente, por ser un movimiento "meramente local, en comarcas de poco influjo, torpemente concebida por gente inexperta e ignorante, sin elementos de ninguna especie, y, por lo tanto, sin la más remota eventualidad de éxito," según una Memoria reservada presentada al Ministerio de Ultramar.⁹

Dice la misma Memoria que para que las insurrecciones en Filipinas lleguen a ser "verdaderamente peligrosas y terribles," necesitaban la complicidad del Ejército cuyas filas estaban formadas mayormente de naturales. Por el momento, la tendencia separatista se fomentaba en pequeños círculos, sin plan universal ni recursos suficientes. Todavía prevalecían en el país antagonismos regionales, ya que hasta que se multiplicasen los medios de transporte y comunicación, el fraccionamiento territorial del archipiélago imposibilitaba una verdadera unión.

Es por tanto lógico poner en duda que en 1896, 12 años después, al alzarse la Katipunan contra el gobierno, Bonifacio tuviera por objetivo la liberación de toda Filipinas, país de los filipinos, pero sí, la de Katagalugan, país de los tagalos. La acción se limitaba a las provincias limítrofes a Manila, y no fue secundada en las provincias en el norte y sur de Luzón, ni en las islas Visayas o Mindanao, cuyos habitantes no sólo se indignaron contra los rebeldes, sino que ofrecieron dinero y tropa para combatir los "tagalos ingratos y sin porvenir."¹⁰

Lo propio ocurrió en la zona bicolana, donde los bicolanos vivían contentos y en paz, no teniendo ningún pretexto para cambiar las cosas, ni mucho menos por medio de armas, pues pa-

⁷ El historiador norteamericano, Glenn A. May, provocó un ciclón académico con su libro, *Inventing A Hero: The Posthumous Re-creation of Andrés Bonifacio* (Madison, 1995), en que pone en duda, si no niega la autenticidad de las fuentes y escritos de Bonifacio. Desafortunadamente, en vez de evaluar la evidencia razonada de Glenn, los filipinos, historiadores y no historiadores, le achacaron de "falta de respeto" a un héroe filipino, por ser Glenn uno de esos "ugly American."

⁸ El principal protagonista de esta tesis es Teodoro A. Agoncillo en sus dos libros: *The Revolt of the Masses: The Story of Andrés Bonifacio and the Katipunan* (Quezon City, 1956); *Malolos: The Crisis of the Republic* (Quezon City, 1960).

⁹ Servicio Histórico Militar, 13, 1, 2 (sign. ant.)

¹⁰ Arxiu historic de la Companyia de Jesús (Sant Cugat del Vallès): "Cartas inéditas," F (100) (sign. antig.). De una carta del P. Mariano Suárez, S. J. a su superior religioso en Manila, Corabato, 13 de septiembre de 1896.

ra ellos las desigualdades en el orden público era la cosa más natural desde la Creación. Y al conocer las luchas en Manila y los suburbios, los habitantes de la provincia de Albay censuraron a los tagalos, promotores de los disturbios y asesinatos. La mayoría de esa población no entendía los motivos del conflicto, no habiendo aun tenido noticias de la ejecución de los tres sacerdotes, José Burgos, Mariano Gómez, y Jacinto Zamora, cuando la algarada de Cavite de 1872; ni por qué Rizal o del Pilar se habían dedicado a luchar por reformar la colonia. Pero eso sí, que los de Albay creían que la insurrección serviría de peldaño para que los tagalos escalasen las alturas del poder y así mandar en Filipinas, con menoscabo de los no tagalos, y por consiguiente, una vez dominado el país, establecer de nuevo un régimen idéntico al de los *datus* Lakandula y Sikatuna antes de la conquista, posibilidad esta que les repugnaba.

No obstante, con la tregua de Biaknabato a fines de 1897, las cosas tomaron otro aspecto. En 1896, el soldado español se creía invencible y el funcionario peninsular el único apto para los altos cargos en el país. Pero, después de la tregua, se notó que los españoles no podían vencer la insurrección con la fuerza de las armas. De este modo, la creencia en la superioridad de los soldados de Castilla y del funcionario ibérico rodó por los suelos, a la vez que subió la estima y orgullo en la capacidad de los revolucionarios. Los albayanos se preguntaban que si los tagalos solos pudieran arrancar de los españoles importantes reformas -al menos tal como se les decía que se las había prometido en el pacto- ¿qué bien podrían ellos haber sacado, si toda Filipinas, desde Ilocos hasta Zamboanga, estuviese unida en la lucha? Después de todo, los insurrectos, faltos de armas, habían conseguido que los españoles doblegaran la cerviz y concedieran iguales derechos y las reformas que hacía tiempo habían pedido. De aquí que se les abrieron los ojos, viendo que la lucha no era solamente para los tagalos, sino para todos los habitantes del país, tagalos y no tagalos. Esta nueva manera de pensar hizo que la antigua actitud de indiferencia, si no de hostilidad, se convirtió en admiración y simpatía, y en vez de desear el fracaso de la insurrección, anhelaban su triunfo total.

Así es como Biaknabato tuvo efectos trascendentales para la masa de la población filipina, y dió resultados muy funestos para el prestigio y la integridad de España en el Archipiélago. Fue una victoria de alcance nacional y todas las provincias filipinas hasta entonces pacíficas, dieron su veredicto favorable a la causa revolucionaria, y desde aquel momento empezaron a simpatizar con ella. La conciencia de ser "filipino" y de pertenecer a una "nación filipina" fue compartido por todo un pueblo, por todos los naturales del Archipiélago Magallánico transformados ahora en "filipinos."

Nunca se llegará a saber lo que hubiese sido de Filipinas si los norteamericanos no hubiesen intervenido en el conflicto doméstico hispano-cubano, ni mucho menos si Aguinaldo no se hubiese tropezado con el consul norteamericano en Singapore. Lo que sí sabemos es, primero, que al marcharse Aguinaldo para Hongkong a fines de 1897, no había completa paz en Filipinas, ni los insurrectos hubiesen entregado todas sus armas. La insurrección recrudeció en varios puntos de Luzón, mientras que los exiliados en Hongkong no cejaban en su campaña de independencia y se presentaban a los representantes del gobierno de Washington, buscando su apoyo y el reconocimiento de la independencia de su país.

Segundo, que al volver Aguinaldo a Filipinas a mediados de mayo de 1898, sólo faltaba su llamamiento para reanudar la lucha contra España. Los filipinos estaban convencidos de que con la cooperación norteamericana, era simplemente cuestión de tiempo el echar a los españoles y proclamar la independencia de su patria.

Pero las cosas se complicaron con la permanencia en Manila de las fuerzas norteamericanas después de la victoria del Comodoro Dewey. La generalidad de los filipinos creía, ya por la

propaganda emanada de Hongkong, ya por los anuncios del mismo Aguinaldo, que las fuerzas norteamericanas habían venido a secundar sus esfuerzos contra el enemigo común. De hecho, reasumió el liderato de la nueva revolución, Aguinaldo, en vez de frenar a los suyos, los animaba a combatir las fuerzas del gobierno que, según el Pacto de Biacnabato, gozaba, como antes de la revolución, de plena autoridad y jurisdicción sobre todo el país.

Tercero, finalmente, animado por la noticia de los triunfos de sus seguidores, Aguinaldo decidió llegada la hora de proclamar la independencia de la nueva república filipina. La fecha era 12 de junio de 1898.

Pero una cosa es proclamar, otra consolidar la independencia de un estado soberano. Seis meses más tarde, en París, fue firmado el tratado traspasando la jurisdicción española sobre Filipinas al Gobierno norteamericano. Por más que Aguinaldo se quejara de la "decepción" en no reconocer la independencia de Filipinas, el hecho es que Filipinas era y seguía ser colonia al estallar la revolución y durante la guerra de los Estados Unidos contra España. Así, pues, teníamos un triple conflicto: uno entre filipinos y españoles, otro entre estos y los norteamericanos, y un tercero entre estos últimos y los filipinos.

En el entretanto, proclamada la independencia filipina, y establecido seguidamente su gobierno, Aguinaldo convocó a los mejores representantes de la sociedad filipina a un congreso para formular la nueva Constitución de la Nueva República. Apenas formulada, estalló el conflicto filipino-norteamericano en la primera semana de febrero de 1899,¹¹ y nunca se llegó a promulgar la Constitución. Pero el artículo 6, título IV declara que es "filipino" todo hombre o mujer nacido en territorio filipino, o cuyos padres son filipinos, o también los naturalizados por acto legal, o aun prescindiendo de este requisito, son vecinos por dos años seguidos en el territorio nacional con residencia y profesión reconocida de todos.

No conociendo suficientemente la nueva colonia, el Presidente McKinley de los Estados Unidos despachó una Comisión para investigar la situación de Filipinas y proponer las correspondientes medidas para establecer el nuevo gobierno en las islas. Con sorpresa suya, los miembros de la Comisión admitieron que Filipinas era un país de gente no del todo primitiva ni salvaje, sino de gente que luchaba por su independencia y libertad.

Como en la conquista española, los norteamericanos se sirvieron de los del país para informarse y resolver los problemas que les aguardaban. Pero, llegando en Manila después del comienzo de hostilidades, concluyeron que el conflicto era solamente una revolución tagala, debida a la ambición de unos pocos y el malentendido de muchos. El gobierno de Aguinaldo -según ellos- servía sólo como un pretexto para imponer contribuciones de guerra, mientras que muchos de los jefes revolucionarios se iban enriqueciendo.

Para la Comisión, pues, no había una "nación filipina," en el sentido estricto de la palabra, sino solamente una agrupación de tribus y razas, que por el momento eran incapaces de gobernarse a si mismos. Y así proclamando que el objetivo del gobierno norteamericano en Filipinas era introducir un régimen democrático con que promover el bienestar, el progreso, y la felicidad de sus habitantes, y elevarles a una posición de igualdad con las demás naciones civilizadas del mundo, la Comisión invitaba al público a manifestar su parecer.

Eran solamente los Ilustrados los que se atrevieron a comparecer ante la Comisión, acto que los seguidores de Aguinaldo condenaron como traición a los ideales de la revolución. Esto es olvidar que, también para los Ilustrados, el punto de partida para todo diálogo era el reconocimiento de los derechos de los filipinos, sobre todo el de gobernarse independientemente de cual-

¹¹ Los historiadores filipinos llaman este conflicto una "guerra" entre dos estados soberanos, mientras que los norteamericanos en general lo llaman "insurrección."

quier poder extranjero. De hecho el nuevo programa para Filipinas y la política del nuevo Gobierno insular, aprobada subsiguientemente en Washington, había sido redactada por los Ilustrados filipinos.

No pudo ser de otra manera. Ante la oposición de los anti-imperialistas o anti-expansionistas en los Estados Unidos, la Comisión en Manila se vió en el deber de reconocer los derechos y libertades democráticas que integraban toda la tradición política norteamericana, e insistir que la soberanía norteamericana no hubo ninguna incompatibilidad con los derechos humanos de los filipinos. Por lo cual, los Ilustrados concluyeron que, si los nuevos colonizadores se mantuvieran fieles a su tradición democrática, se podía fiar de las palabras de los norteamericanos. Pronto llegaría el tiempo, más o menos indefinido, de declarar la Independencia de Filipinas, tiempo que serviría de aprendizaje en el sistema norteamericano y consiguientemente de desarrollo del país.

El Coronel Argüelles del partido de Aguinaldo, se presentó ante la Comisión para negociar una tregua para reexaminar la situación de los filipinos. Sospechando que era solamente un pretexto para preparar una mayor ofensiva, el General Otis, Comandante de las fuerzas norteamericanas en Filipinas, negó la petición. Vuelto una segunda vez, Argüelles fue conducido a los hospitales donde se curaban varios filipinos heridos, y el emisario filipino fue convertido en el acto a la paz norteamericana.

Entretanto, en las zonas bajo el control norteamericano, se iban abriendo las escuelas y estableciendo la nueva administración, los bancos reanudaban sus negocios, etc. Así que bastantes se refugiaron detrás de las líneas norteamericanas, y en Manila se prohibía la entrada a más gente para evitar el atestamiento incontrolado de la pequeña ciudad. En otras palabras, poco a poco, se iba llegando al conocimiento de las ventajas de la amistad con los nuevos gobernantes y, por otra parte, se hacía evidente que era inútil y contraproducente recurrir a las armas. Con la paz, se llevarían a cabo, mejor y sin pérdida de vidas, los ideales de la revolución.

El último acto de este drama fue la captura de Aguinaldo en Marzo de 1901, y su subsiguiente jura de lealtad al Gobierno de Washington. Algunos intransigentes - Vicente Lucban en el sur de Luzón, Miguel Malvar en la provincia de Batangas - se mantuvieron tercios en su anti-americanismo.¹² Finalmente, en 1902, el Presidente Roosevelt declaró terminado "oficialmente" el conflicto filipino-norteamericano.

Unos meses antes, los Ilustrados, encabezados por Benito Legarda, Trinidad Hermenegildo Pardo de Tavera, y Florentino Torres, elevaron al primer Gobernador Civil norteamericano de Filipinas, William H. Taft, un plan para formar el primer partido político en Filipinas. Arguyendo que cada uno en particular podía contribuir algo, ¿cuánto más, si actuaban como un grupo compacto, uniendo sus fuerzas y sus cualidades? Concebido como un plan "contra-revolucionario," pero no en el sentido de Aguinaldo, aseguraron al nuevo Gobernador que este nuevo partido, denominado el "Partido Federalista," con un programa de estimular el desarrollo, fundar escuelas, introducir la debida infraestructura, consolidar la libertad y régimen de paz y justicia, cuyos frutos se estaban viendo, sería el mejor argumento para ganar adeptos al nuevo Gobierno y contrarrestar la revolución violenta de Aguinaldo.

Declarada la paz, se procedió al censo de la población y la elección de los primeros diputados a la Asamblea Nacional, la cámara inferior de la nueva legislatura filipina. En preparación de las elecciones, otro grupo de filipinos formaron el segundo partido político, cuyo nombre, "Partido Nacionalista," demuestra bien clara su política, a saber, la independencia inmediata y absoluta de Filipinas.

¹² El caso clásico era el de Artemio Ricarte, que nunca aceptó el régimen norteamericano y se trasladó al Japón, donde permaneció hasta poco antes de morir.

Es claro que la "independencia" era una irrefutable contraseña, por lo que los Federalistas tuvieron que modificar su nombre y su programa, y se llamaron "Partido Progresista," nombre que indica su nuevo plan de promover primero el desarrollo progresivo de Filipinas antes de reclamar en un futuro, más o menos lejano, la independencia.

Estos cambios y refinamientos en el campo político de Filipinas reflejan un hecho fundamental en aquellos años de transición. Sin promulgar ni declararlo por un acto de ley, los habitantes del Archipiélago Magallánico, espontáneamente, y como consecuencia inevitable de su historia, se habían demostrado imperceptiblemente por sus actuaciones, que eran "filipinos," ciudadanos de una nueva nación.

Y ¿qué es ser filipino? Es reconocerse habitante en un país oriental, pero de cultura que no es totalmente del oriente. Ser filipino es ser heredero de una cultura que los misioneros españoles enseñaron en su afán de defender la dignidad humana. Legazpi conquistó Cebú, no a fuerza de armas, sino por su humanidad. Capturada la sobrina del datu Tupas de la isla, y conocida su nobleza, Legazpi la trató según merecía su estado, acto totalmente inesperado y totalmente sorprendente para una gente acostumbrada a esclavizar sus cautivos de guerra, acto que atrajo finalmente toda la población a someterse al yugo español. Un poco más tarde en Manila, Legazpi también se ganó la voluntad y el respeto de los más importantes jefes del puerto, perdonando un acto de traición perpetrado el año anterior.

Esta manera de proceder de Legazpi, repetido por sus sucesors durante el tiempo colonial, este deseo de no vengarse, sino de promover el bienestar del pueblo, fue la base inicial de la colonización española de Filipinas. Fue el mismo ideal de los norteamericanos, con la diferencia de que los primeros se habían inspirado en el mensaje del Evangelio, mientras que los segundos en la Razón Ilustrada del siglo de las luces.

Ser filipino, entonces, presupone una realidad histórica, el resultado de verdades necesariamente modificadas por las circunstancias del tiempo y del espacio. Es encarnar en la vida la justicia y verdad, como la encarnó Rizal, ejecutado por un error de un gobierno mal pensando que su muerte serviría de freno a los que reclamaban idénticos derechos. La historia, sin embargo, nos enseña que tales muertes son la cuna que nutre héroes de la humanidad.



BIBLIOGRAFÍA

AGONCILLO, Teodoro A. (1956), *The Revolt of the Masses: The Story of Andrés Bonifacio and Katipunan*, University of Philippines Press, Quezon City.

AGONCILLO, Teodoro A. (1960), *Malolos: The crisis of the Republic*, University of Philippines Press, Quezon City.

DEL PILAR, Marcelo H. (1955), *Epistolario de Marcelo H. del Pilar*, Bureau of Printing, Manila.

MAY, Glenn A. (1955), *Inventing a Hero: The Posthumous Re-creation of Andrés Bonifacio*, Madison.

RIZAL, José (1931), *Epistolario Rizalino*, Bureau of Printing, Manila.

SOLÓRZANO DE PEREIRA, Juan (1972), *De Indiarum Iure*.

